



HOMILIA 18 DE JULIO DE 2024

Padre D. Nuno

1. "Hemos concebido, nos hemos retorcido, y no dimos a luz más que viento. ¡No Hemos traído la salvación a la tierra, no le nacieron habitantes al mundo!" (Is 26,18). El profeta Isaías traza un contraste entre la vida con Dios y la vida sin él: el profeta es el intérprete de la desolación que a menudo acosa al pueblo de Dios.

Isaías va aún más lejos. Se refiere a todas esas situaciones en las que, sin la intervención de Dios, todo parece desembocar en éxito y felicidad: «¡No necesito a Dios para ser feliz!», oímos tantas veces. Es parecido -dice Isaías- a una mujer que ha concebido e incluso ha sufrido los dolores del parto... "¡Pero fue el viento el que dimos a luz!"

Esta es la tragedia del mundo contemporáneo, de tantas de sus conquistas y victorias. Es la tragedia de tantas comunidades cristianas y de tantos cristianos. Todo parece funcionar sin Dios: la obra de nuestras manos, construida sólo con nuestro sudor, nuestros conocimientos, nuestra voluntad, y con lo que parece ser nuestra libertad, ¡y sin Dios! Las maravillas de la tecnología; los logros de la ciencia - una nueva forma de vida, sin las reglas y dogmas de la religión, nos dicen. Una vida familiar feliz sin Dios. «Por fin libres», nos susurran. «¡Pero fue el viento lo que dimos a luz!» Todo se desvanece de repente. La Torre de Babel que nos empeñamos en construir se desmorona como un castillo de naipes....

2. Cuando Jesús convida: "Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré." (Mt 11,28), no está buscando algunos miembros más para su «asociación de buenas obras». La cuestión no es en absoluto si somos más o menos: la cuestión es si damos fruto o no. O mejor dicho: ¿dar fruto de verdad o generar viento!

Jesús nos asegura dos cosas:

a) que con Él -¡sólo con Él!- llevamos un yugo que nos alivia;

b) que, con Él, llevamos un yugo que, lejos de agobiarnos, ¡nos descansa! Porque ese yugo es Jesús mismo. Sí: Él, manso y humilde de corazón, siempre acaba cargando con nuestro dolor, con el peso de nuestro pecado, transformándolo en vida.

Recordemos a Simón de Cirene (Mc 15,21). Simón, un extranjero, volvía de una jornada de trabajo y se vió obligado a aligerar la carga que aquel condenado a muerte ya no parecía poder soportar. Lo hizo a disgusto. Sin embargo, sabemos que ésta fue la puerta de su conversión, ya que sus hijos, Alejandro y Rufo, eran conocidos por toda la comunidad cristiana. Al fin y al cabo, fue Jesús quien tomó la cruz de Simón y la transformó: el peso de la vida del Cirineo (como el de tantos otros -¡con nosotros!) se transformó en descanso, en fe, en vida cristiana.

3. O recordemos también aquel día en que Pedro y Juan se dirigían al Templo de Jerusalén y se encontraron con un parálítico: "«Míranos». El hombre los miró fijamente esperando que le dieran algo. Pedro le dijo: «No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda" (Act 3,4-6).

Podrían haber ofrecido una moneda: sin duda habrían ayudado a aquel hombre. Y se habrían dado a sí mismos: tal vez habrían dado todo lo que tenían para alimentarse aquel día, como la ofrenda de la viuda pobre (Mc 12,42). Una generosidad enorme. Pero en su pobreza, Pedro y Juan se atrevieron a ir más allá: se atrevieron a ofrecer lo que no tenían, pero que es su posesión más preciada: Jesús de Nazaret. Y el peso de aquel parálítico se transformó radicalmente.



TORINO 2024

13° raduno
internazionale



O, como decía el P. Caffarel: «Al entregarse a Cristo con este don que he llamado "conyugal", el cristiano renuncia a todo, renuncia a amar a nadie por sí mismo, pero llegará justamente a amar a todos los seres no por sí mismo, sino por Cristo que, viviendo en él, le lleva a amar» (Espiritualidad, 176).

Sí: Jesús marca la diferencia en la vida de todos. Sólo Él puede marcar realmente la diferencia. Por eso nuestra primera misión -también como Equipos de Nuestra Señora- es ofrecerle a Él: ¡nunca será viento lo que daremos a luz!

